

Relación e integración

José M.^a MARTÍNEZ *

El contenido de estas líneas quiere ser expresión de algo que se va acumulando día a día, año tras año en mi experiencia viva y que de algún modo ha de tomar forma para que pueda ser comunicación. Creo que, al igual que todo el que se decida a hacer el esfuerzo de leerlo, habremos pasado por circunstancias parecidas, por grupos humanos con similares características, por comunidades religiosas llenas de una vitalidad apostólica, humana, religiosa... extraordinaria; pero no será ofensa suponer que también llenas de unos fondos de relación humana que más de una vez han dejado mucho que desear y nos han creado situaciones interiores y hasta exteriores poco amigas de ser recordadas.

Con este primer supuesto quisiera que todo tuviera un doble valor: el de lo experimentado y por tanto con base en la realidad, y el de lo sincero, aunque a veces expresado por boca de autores con los que he logrado sintonizar perfectamente en mi manera de pensar y de sentir.

A diversos niveles de pensamiento hay un tema que parece haber abierto sus puertas hoy: es el tema de las *relaciones humanas*, de la comunicación, de la integración, de todo aquello que tras estas palabras nos está diciendo que además de ser-para-nosotros-mismos estamos inmersos en otra realidad complementaria: «ser-para-los-demás».

Siempre me ha gustado acordarme del judío Martín Buber, personaje que goza de mi admiración, por la sencilla razón de haber sufrido y por haber sido capaz de, en medio del dolor y la persecución, enfrentarse con el tema de la Comunicación y haber-

* Licenciado en Pedagogía, profesor de Didáctica y Relaciones Humanas en el *Instituto Superior de Ciencias Catequéticas «San Pio X»*. Domicilio: Avda. La Salle s/n. Tejares - SALAMANCA.

nos dejado páginas sinceras en las que el «tú» cobra relieve, y la realidad del «otro» se nos muestra con la fuerza mayor con que se nos puede mostrar: la fuerza que tiene todo lo que consideramos como «necesario» en nuestra personal realización.

Aquí vienen sus palabras:

«El hecho fundamental de la existencia humana no es el individuo en cuanto tal ni la colectividad en cuanto tal. Ambas cosas consideradas en sí mismas no pasan de ser formidables abstracciones. El individuo es un hecho de la existencia en la medida en que entre en relaciones vivas con otros individuos: la colectividad es un hecho de la existencia en la medida en que se edifica con vivas unidades de relación. El hecho fundamental de la existencia humana es EL HOMBRE CON EL HOMBRE»¹.

Esa es la realidad primera con la que tropezamos cada día: la realidad del hombre, del otro, que nos sale al paso y frente al cual tomamos las posturas más variadas; de aceptación las unas, de rechazo las otras, de silencio objetivador, quizá. Pero de esa realidad hemos de tomar conciencia e intentar traducir al terreno de nuestras conductas lo que afectivamente sentimos, para tratar de experimentar al otro como es, liberándonos de sentimientos que pueden bloquear nuestras conductas y reducirnos al estado de cosas con las que vivimos y de las que nos servimos, pero no con las que compartimos la existencia, que en el fondo esto sería comunicación.

Nuestra presencia con el otro se hace casi algo continuo; las relaciones de todo tipo obligan a una presencia, ya sea de tipo laboral, profesional, orientadora, pedagógica, etc., y en más de una ocasión es una presencia problematizada, lo que nos indica que no es para nosotros un hecho fundamental esa existencia del «hombre con el hombre». A esto respondemos con frecuencia con actitudes objetivantes: convertimos al otro en objeto con todas sus características; ayuda o estorba; divierte o molesta... incurriendo en un trato más de cosa que de persona. Objetiva quien enjuicia al otro; objetiva quien se interesa por las cualidades de los demás y simplemente por ellas; objetiva quien no se interesa por las situaciones y experiencias de los demás...

¹ M. BUBER, *El yo y el tú. Caminos de utopía*, Breviarios del Fondo de Cultura Económica, México.

Y hablando de objetivar corremos el peligro de hacerlo incluso con el «Otro con mayúsculas»; Dios puede ser objetivado por nosotros en cuanto hagamos de El algo sometido por nuestras fórmulas y formalismos, reduciéndolo al simple estado de «tótem» que preside nuestra danza ritual despersonalizada. Tanto tratándose de la relación trascendente con Dios como de la también trascendente con el hombre, hemos de hacer uso de esa misteriosa «tercera fuerza»² que no es subjetividad ni objetividad, pero que, integrada por ambas forma la fuerza y espíritu del «ENTRE», es decir de la Comunicación.

Escuchar, estar en actitud de acogida, comprender, colocarse en la persona del otro es personalizar, es vivir su vida desde su punto de vista, internarnos en su mundo experiencial y reforzar su personalidad con una parte de la nuestra, por tanto enriquecerla enriqueciéndonos nosotros mismos por cuanto de reciprocidad tiene dicho contacto. La gran lucha que entabla toda persona a lo largo de su existencia es la conquista de su personalidad, de su individualidad misma; y nada enriquece tanto este desarrollo como el contacto en profundidad con otra persona. Y es que un perfecto funcionamiento personal, una «vie pleine», al decir de C. Rogers³, no se puede conseguir en el aislamiento individualista, sino recibiendo al otro en su totalidad, percibiendo su centro dinámico, y aceptando todas las manifestaciones externas que dicho centro pueda tener. Será, por tanto, recibir y aceptar plenamente al ser y sus formas de existir y manifestarse.

Hoy estamos haciendo un esfuerzo —y aquí hago un elogio de cuantos Educadores trabajan por realizarlo— por individualizar, personalizar la Educación. En el fondo no están las formas de Enseñanza personalizada, está sobre todo un afán de captar la totalidad y unidad de la persona por medio de un diálogo abierto entre Educador-Educando. Este es el objetivo más general y más sublime de la Educación renovada.

Pero si estamos hablando de posturas de comunicación entre Educadores y Educandos, se harán poco menos que imposibles si a nivel adulto —el Educador ha de serlo— no conseguimos un

² A. H. MASLOW, *Toward a psychology of being*. Citado por Michel de la PUENTE en *Carl Rogers: de la psychotérapie à l'enseignement*, EPI, p. 84.

³ C. ROGERS, *Le développement de la personne*, Dunod, Paris, 1970.

predominio de actitudes abiertas, comunicativas, exentas de inhibiciones y de prejuicios interpersonales y sociales.

FENOMENOLOGÍA DEL «ENTRE»

La palabra fenomenología va perdiendo hoy su encasillado filosófico y su uso se va haciendo posible en diversos campos. Valga esta aclaración para decir que la usamos como algo que es del momento; el «aquí y ahora de la comunicación» y no precisamente por lo que esto tenga de espacio y de tiempo, sino por la realidad misma del hecho «comunicación».

En la intercomunicación hay tres elementos fundamentales: el YO que es el que comunica y que en este momento está personificado en el que escribe o lee estas líneas; el TU, con quien quiero establecer la comunicación; y un tercer elemento resultante de la presencia de los anteriores: el ENTRE, o sea la presencia activa de YO y TU.

Toda relación de ayuda, de preocupación, de amor, lleva consigo un salir de sí mismo y crear una realidad hecha de dos partes comunicantes, es crear ese ENTRE que existe desde que entro en comunicación con alguien. Y es una realidad que la creamos a partir de la autenticidad de nosotros mismos, es decir de la autenticidad con que cada uno sale de sí mismo para manifestarse al otro. Si, por ejemplo, yo salgo de mí y me comunico al otro a través de mis cualidades personales, dejando aparte mis deficiencias y limitaciones; y el otro se me aparece a mí con las mismas muestras de excelencia personal, hemos creado entre los dos un ENTRE narcisista, lejano de la realidad humana, que es síntesis de perfecciones e imperfecciones, de seguridades e inseguridades.

La idea o imagen de nuestro YO se va formando a base de experiencias vividas, de la percepción que tenemos de las cosas y de la relación que establecemos con las personas, y es un proceso que está en continua formación y cambio. La estructura personal del yo es algo que está siempre en camino. Nada tiene de extraño que hoy veamos una realidad de modo distinto a como lo hacíamos ayer, e incluso que nos veamos a nosotros mismos unos días como algo seguro y otros como dignos de autodesprecio. Si esto es así a nivel personal, cuánto más ocurre si queremos

percibir o juzgar a los demás. Por esa razón decía al principio que juzgar es objetivar, es analizar al otro sin tener en cuenta su YO, hecho, como el nuestro, a base de «sus» experiencias, sus percepciones y su relación.

Lo importante dentro de esta relación es «abrirse ampliamente al proceso rico y variado de las creaturas más sensibles y creadoras de nuestro planeta», según afirma De la Puente⁴, pero abrirse tal como uno es, sin los temores de quien quiere mostrar siempre una conducta lógica ante los demás, y dando un margen a la creatividad individual, ya que las conductas personales no se pueden juzgar solamente por vía lógica; hay en ellas mucho de pre-lógico, de intuitivo, de creación.

Ser «yo mismo» es hacer posible la comunicación; mostrarse «yo mismo» es hacerla posible con los demás. Y esto sin la obsesión de pecar de subjetivismos; hemos de afirmar con M. Polanyi⁵ que «todo conocimiento, incluido el científico, es una gran pirámide que descansa sobre el frágil vértice de la subjetividad personal».

Analicemos, a partir de aquí, nuestro modo de conocer.

a) Todo conocimiento objetivo va precedido de la *subjetividad*, es decir de intuiciones, opciones... creadoras, que son las que me acercan las cosas y personas, constituyendo mi propia experiencia. Dicha experiencia es el elemento integrador de mi persona; desde aquí podré afirmar que en la medida en que yo asimilo la experiencia, que hago más las vivencias de los hechos y las personas mi persona se va integrando equilibradamente. ¿Qué es una persona neurotizada?; será aquella que siente en sí misma algo que no es suyo, algo que impide su comunicación con los demás porque los siente extraños, no integrados en su mundo subjetivo, y es entonces cuando adopta ante ellos una postura defensiva, ya que los demás se le convierten en sujetos amenazadores.

La subjetividad no admite simple conocimiento; su conocer es una amalgama de experiencia, sentimiento y conocimiento. Mis primeros momentos de relación con determinada persona consisten en experimentar que alguien entra en el campo relacional mío;

⁴ De la PUENTE, o. c., p. 82.

⁵ POLANYI, *The therapeutic relationship: recent theory and research*. Citado por De la PUENTE, o. c., p. 85.

en sentir hacia ella algo que me la aproxima o aleja; y en conocer a esa misma persona en lo que es en sí misma a través de sus palabras y de sus hechos.

b) El psicoterapeuta, el confesor, el orientador... recogen los datos lo más *objetivos* que pueden para tener idea exacta de la persona o de su problema. En la relación tratamos de captar a la persona objetivamente, liberándonos de juicios «a priori» y de sentimientos de la misma categoría.

Los mensajes que la persona me emite van formando una «imagen referencial externa» hecha de sus juicios, sus valoraciones, sus hechos, y que yo trato de integrar objetivamente, pero que me serán tanto más fáciles de admitir cuanto más coincidan con mi «imagen referencial interna». Diremos: «esta persona me cae bien»; «coincide con mis puntos de vista»; «me agrada su trato»..., porque sencillamente hay una correspondencia entre ambas imágenes: mi campo referencial interno y el campo referencial externo creado por ella en mi campo de relación.

Ahora bien. En la relación interpersonal podré diferenciar estos campos al tener en cuenta mi subjetividad; de modo que todas las referencias externas he de saber considerarlas como tales y mantener a salvo la persona misma como dueña de su subjetividad.

Tanto el conocimiento objetivo como el subjetivo resultan insuficientes. Serían suficientes de tratarse de seres aislados, mas no al serlo seres en relación. Por eso,

c) distinguimos un tercer modo de conocimiento: *el relacional*, es decir el que partiendo del conocimiento de mi subjetividad y de la subjetividad de los otros, me proporciona elementos del campo creado en el momento mismo de la toma de contacto existencial con el otro.

Aquí el número de aportaciones es extraordinario: Rogers, Curran, M. Kinget y otros han ido estudiando los modos de relación partiendo de las afirmaciones del primero, muchas de ellas hipotéticas, pero basadas las más en su experiencia.

El mismo Rogers nos sale al paso con una aceptable solución: la empatía.

Yo me conozco a mí mismo; conozco objetivamente al otro y trato de conocer su subjetividad, pero no me quedo aquí, paso a

adoptar una actitud con el otro que denote su objetividad, pero adoptar una actitud con el otro que denote que yo *percibo* el mundo que él me comunica y al mismo tiempo *comunico* con él de modo preciso y sensible en ese mundo de objetividades y subjetividad que ambos comunicamos. Esta actitud empática⁶⁻⁷ hace que el comunicante «se esfuerce por participar en la experiencia del otro, sin limitarse a los aspectos simplemente emocionales. Además se esfuerza por aprehender esta experiencia a partir del punto de vista de la persona que las experimenta, no a partir del ángulo subjetivo». Sobre esto volveremos más adelante.

IMPLICACIONES DE LA COMUNICACIÓN

Las conductas humanas han sido motivo de numerosos estudios: el Behaviorismo ha querido explicarlas por medio del estímulo-respuesta, queriendo hallar solución a todo con la hipótesis y los numerosos experimentos concluyentes con la afirmación de que todo lo que hacemos está motivado por estímulos de diversos tipos que actúan con nosotros de modo determinado. El psicoanálisis ha intentado otra solución queriendo reconstruir todos los mecanismos del inconsciente humano como principales motores del obrar.

Hoy resultan del todo personalistas estas posturas, ya que hay un campo en que los individuos actúan de modo distinto según la relación que establecen con sus semejantes; ésta es la preocupación de la Psicología Perceptual o Psicología de la «experiencia vivida por el sujeto»⁸, marcada por una fuerte tendencia actualizante que impulsa a comunicar a los demás nuestras propias experiencias cargadas de la subjetividad individual. La Comunicación, por tanto, nos dará el conocimiento del otro a través de sus actos como manifestación de su mundo interior y por el valor significativo que ellos mismos tienen. Una manifestación de agresividad, por ejemplo, es indicio de sobrecarga emocional y de pérdida del equilibrio personal y como tal se ha de

⁶ C. ROGERS, o. c., p. 49.

⁷ M. KINGET - C. ROGERS, *Psicoterapia y relaciones humanas*, T. I., Alguara, p. 117.

⁸ Y. de ST. ARNAUD, *La consulta pastoral de orientación rogeriana*, Herder.

interpretar, más que como manifestación de agresión contra alguien.

Para que llegue realmente a darse una comunicación hay ciertos *requisitos condicionantes*:

- Implica un *salir de sí mismo*; de ese mundo subjetivo creado en nuestra interioridad y hecho de sentimientos diversos así como de interpretaciones de la realidad objetiva; de un mundo que nos vamos creando y que nos cierra las puertas de la comunicación como si fuéramos una gran ciudad que superorganizando sus estructuras de progreso llegara un momento que nos ahogara con ese mismo superdesarrollo. El individuo busca y se crea alrededor suyo mil elementos segurizantes: horarios, programas, leyes personales... hasta que llega un momento en que sus esquemas no dejan lugar a una «pérdida de tiempo» para la comunicación. Salir de sí mismo va a suponer tener como ley primera una flexibilidad existencial, de horarios, de ocupaciones y de vida.

Comunicación va a ser economía de donación, de estar atento a la necesidad del otro no porque la pida sino porque yo la intuyo y la doy; la ley del juego comunicativo es dar, no esperar que se me pida, adelantarme en la atención sin calcular si mi economía va a quedar resentida.

- Supone además una actitud de *comprensión* de la persona y de los puntos de vista del otro, no sólo en lo que tienen de extraño a nosotros, sino de lo que más importa, de su subjetividad. La comunicación se hace por lo general a través de la palabra, y ésta sirve de transmisor de mundos distintos; pero toda palabra es portadora de un doble elemento comunicativo: las ideas y los sentimientos, por los cuales podemos hacer conocer nuestra interioridad. Las palabras por sí mismas serían capaces de transmitir objetivamente, pero los sentimientos les dan la carga emocional que las convierte en algo personal. Un triple sentido tiene la palabra: sintáctico o de relación con otras palabras; semántico o de significados dentro de sus contextos; y el pragmático, en cuanto palabra que va dirigida a los hombres y de ellos parte; por consiguiente toda palabra se ha de tomar en este sentido si no queremos que la misma en lugar de ser órgano de transmisión y de comunicación se convierta en muro que nos vaya ocultando a la vista del otro tanto más cuantas más palabras usemos.

El diálogo —palabra del siglo pero sin una realidad plenamente conseguida— ha de ser entendido más como «a través de» (diá) que como «palabra» (logos), ya que es sobre todo esa actitud comprensiva lo que constituye el clima de comunicación más que la misma palabra, que al fin y al cabo es una de las formas de comunicación. Dialogar ha significado para muchos hablar entre sordos, con expresión de ideas más o menos personales pero sin el espacio de escucha; para otros ha consistido en arrollar con argumentos al adversario, como temiendo perder una seguridad envuelta en palabras. El diálogo ha de ser integrador de relaciones; «una situación en que dos personas se comunican aquello que tienen necesidad de expresar, procurando ambas comprenderse mutuamente»⁹.

• Incluye también una *aceptación mutua*; aceptación que comienza por aceptarse a sí mismo, sin las tensiones que provocan los momentos en que esta aceptación falta de nuestro esquema psicológico y que es causa de manifestaciones agresivas capaces de interrumpir el proceso comunicativo. Cabría preguntarse: ¿Es posible establecer una relación con otra persona, aceptarla como es, si uno no se acepta a sí mismo? Hay en la vida circunstancias variadas, hechas de frustraciones, de sentimientos regresivos por no haber conseguido objetivos que uno se forjó en su juventud, etc... y que en un momento irrumpen en la existencia con las clásicas amarguras y sentimientos de decepción. Esto provoca en los que los padecen una actitud de rechazo de su realidad existencial y que al no poder manifestarla por parecerles insegurizante revierten esta amargura contra el medio que les rodea bajo formas diversas, todas ellas agresivas, y que en el grupo de convivencia causan un sofoco de la libertad en la relación y en la creatividad de formas de relación.

Puede ocurrir, y de hecho ocurre, que las personas llegan a un momento de su vida en que por circunstancias de todo tipo, no pueden esperar más de la vida en cuanto ésta tiene de perfeccionamiento; momento duro por tratarse de asimilar una experiencia amarga, y sin embargo momento importante pues de él depende la última maduración vital, la que lleva a los años de

⁹ V. JACOBSON, *El diálogo y la entrevista*, Euramérica, Madrid, p. 17.

equilibrio emocional y personal. De esta asimilación experiencial va a depender la paz del individuo y del grupo en el que convive.

Aceptarse y aceptar al otro como es; en esto radica la clave del equilibrio en la relación. Pero se puede preguntar uno: ¿Qué es lo que hay que aceptar?; y si se contesta: «la persona», parecerá haber hecho una abstracción formidable; sí, la persona, pero la persona concreta en toda su totalidad, tal como existe aquí y ahora. La persona y la configuración que toman todos los elementos por los que comunica con nosotros: palabra con sus diversos matices, hechos, gestos, etc...

A este respecto C. Rogers tiene una terminología que se ha hecho terreno de todos, al decir que las condiciones de toda comunicación son:

- La congruencia.
- El respeto positivo incondicional.
- La aceptación empática.

El las usa de cara a una relación especial como es la del terapeuta con el cliente, pero aceptando su terminología puede hacerse la aplicación como más o menos la venimos haciendo. Lo importante es distinguir en estas palabras lo que Rogers afirma:

— Que para establecer una relación auténtica se requiere una *congruencia*, una autenticidad, o sea que las personas se encuentren integradas en el contexto de la relación. De toda relación se ha de producir un enriquecimiento personal fruto del contacto de personas con su madurez correspondiente. El grado en que cada persona es consciente de su propia experiencia es el grado en que puede ayudar a los demás a tener conciencia de su propia experiencia. Del mismo modo que dice Rogers que «la terapia no es para el terapeuta sino para el cliente», podemos extender la afirmación diciendo que la comunicación no es para mí sino para el otro; ésta es una auténtica actitud de donación y el modo como se puede llegar a comunicarse en plenitud: por la libertad de expresar las ideas y sentimientos que albergamos unos respecto de otros, sean éstos positivos o negativos.

— Por el *respeto positivo incondicional*.

Rogers hace relación al interés profundo y sincero que sentimos por el otro, por su bienestar, su vida, por todas las áreas de su existencia y su persona; al valor personal, a los derechos hu-

manos como ser libre... sabiendo que es el clima necesario para que las personas vivan en auténtica libertad y liberación sin poner obstáculos a los cambios de conducta relacional que experimentamos o hemos de experimentar continuamente.

Es interesante —y puede ser materia de posteriores reflexiones— cómo este mismo respeto y confianza plena en la personalidad puede hacerse realidad a nivel incluso pedagógico. Entre las afirmaciones de Rogers en el Cap. XI de su obra «Le développement de la personne» leemos:

«El aprendizaje auténtico se da en la medida en que el Educador acepta al alumno como es y comprende los sentimientos que éste experimenta».

«Ha de quedar claro que el Educador ha de poner su confianza fundamental en la tendencia de sus alumnos a autoafirmarse».

«Su función —la del Educador— consiste en desarrollar una relación personal con sus alumnos y un clima tal que sus tendencias naturales lleguen a su plena madurez»¹⁰.

Las aplicaciones vienen por sí solas, sea cualquiera el espacio en el que pensemos: relaciones en el seno de una comunidad religiosa; comunidades educativas; grupos experimentales, etc...

— La aceptación o *comprensión empática* ha de constituir toda una actitud de comprender con exactitud el mundo experiencial de las personas con las que comunicamos como si lo viéramos desde su mismo interior; sentir ese mundo interior «como si fuera» el nuestro, pero sin perdernos nunca de vista, de lo contrario seríamos objetos fáciles a la manipulación, cosa que es contraria radicalmente a nuestra condición de personas libres. Toda relación, de cualquier tipo que sea, tiene como base el respeto.

RESISTENCIAS A LA COMUNICACIÓN

Como todas las realidades que se apoyan en la condición humana, la comunicación puede estar limitada por esta misma condición; la naturaleza es muy rica en recursos de ambos signos: positivos, como facultades de adaptación al medio material o social y negativos, como mecanismos defensivos de o contra algo que se presenta como amenazador de nuestra seguridad psicoló-

¹⁰ ROGERS, o. c., p. 208 ss.

gica. Tratándose de comunicación hay muchos recursos positivos; apertura, aceptación incondicional, actitud empática... pero ahora podemos presentar lo que se nos ofrece como resistencia (término relacionado con las resistencias conscientes e inconscientes del psicoanálisis). Resistencia a la comunicación será la elaboración consciente o inconsciente de unos mecanismos defensivos de la propia interioridad y que obligan al individuo a mantenerse cerrado en su mundo interior sin manifestarlo al otro o al grupo; mecanismos que pueden ser rotos por un contacto personal o en sesiones de psicoterapia individual o de grupos.

Así entendidas dichas resistencias podríamos ir estudiándolas, confiados en que el lector sepa hacer las aplicaciones prácticas que su vida y experiencia le dicten:

- *Las actitudes «máscara»* obligan al individuo a mostrarse ante los demás como quisiera ser visto, sin que esto tenga plena relación con su realidad; con esta apariencia se quieren establecer lazos de comunicación con un otro real, pero el YO que quiere comunicar es otro, no hay en él una congruencia, sino que aparece en una situación de refugio contraria a lo que es penetrar en el campo relacional abierto.

Esta resistencia puede tomar formas diversas. Por ejemplo, el lenguaje racionalizado. Aún recuerdo la actitud de un grupo de muchachos de 6.º Bachillerato en Ejercicios Espirituales; en grupos estudiaban las posibilidades de su compromiso cristiano en su medio ambiente, y su actitud primera fue de justificar, de racionalizar todo hasta llegar a demostrar poco menos que la imposibilidad de tal compromiso ya que eran víctimas del medio en que vivían. Justificaciones que no eran otra cosa que «refugios» para ocultar sus personas puestas en juego ante una respuesta que habían de dar en el grupo.

La abstracción no es muy amiga de la comunicación, ya que el abstraer deja libre de responsabilidad existencial al que abstrae, por querer reducir las formas comprometidas de la existencia a fórmulas de razón, muchas veces orientables hacia donde uno quiere y queda más a salvo.

La actitud crítica sobre los hechos; la emisión de juicios generalizadores como explicación de lo que los demás dicen o hacen impide la comunicación por colocar al otro como algo manipulable, objetivado, como hemos señalado más arriba.

• *La percepción insuficiente* del otro o de los datos de su experiencia es algo que dificulta enormemente la relación; son juicios emitidos sin suficientes elementos; «sistemas rígidos preestablecidos», que dice R. Meigniez¹¹ y que se proyectan sobre las situaciones como proyección de un Yo-jerarquía formado de prejuicios, de apreciaciones standard, de estereotipos. Esto obliga al YO a encasillar a personas y hechos basado en insuficientes datos. ¿Qué ocurriría si a un ordenador le diéramos una insuficiencia de datos y le pidiéramos un resultado clasificador?...

Esta percepción limitada puede ser proyectada sobre el otro o sobre el grupo considerándolos como de un *status* diferente del nuestro, ya sea cultural, social, etc., ya superior ya inferior, provocando ambas situaciones una relación falseada y sometida a sentimientos (no quiero decir complejos) de superioridad o inferioridad. La creación de un clima de relación vertical no es la más propicia para que en los grupos surjan sentimientos de aceptación mutua. Las diferencias de *status* (reales o imaginarias) juegan un papel de distribuidores del «derecho de participación», derecho que se atribuye o del que se priva el sujeto mismo de la comunicación¹².

Desde luego, en toda persona, vista desde la puerta de su interioridad se producen zonas de distinta luminosidad; razones de comportamientos cuyas causas ignoramos, motivaciones internas que se nos escapan... y que hacen nuestra percepción poco menos que imposible o al menos limitadísima. Estas zonas hay que iluminarlas desde fuera con una actitud de aceptación, y desde dentro con una actitud de participación en la expresión, base fundamental de toda relación:

POR LA EXPRESION VIENE EL CONOCIMIENTO,
 POR EL CONOCIMIENTO LA COMPRESION,
 POR LA COMPRESION LA ACEPTACION;
 EN LA ACEPTACION SE BASA LA ACCION DE UN GRUPO
 DINAMICO.

• *La directividad relacional* es otra de las grandes resistencias. Es cierto que las nociones de «directividad» y «no directi-

¹¹ R. MEIGNIEZ, *El análisis de grupo*, Marova. p. 89.

¹² R. MUCCHIELLI, *La conduite des réunions*, Librairies Techniques, Paris, 1968, p. 8 ss.

vidad» rogerianas están aplicadas sobre todo a la relación terapéutica, pero no lo es menos que partiendo de las mismas bases queda a salvo todo el proceso de integración inter-personal. Ahí quedan las dos afirmaciones de Rogers, subrayadas por M. Kinget:

«El ser humano tiene la capacidad, latente o manifiesta, de comprenderse a sí mismo y de resolver sus problemas de modo suficiente para lograr la satisfacción y la eficacia necesarias a un funcionamiento adecuado».

«El ejercicio de esta capacidad requiere un contexto de relaciones humanas positivas, favorables a la conservación y a la valoración del 'yo'; es decir, requiere relaciones carentes de amenaza o de desafío a la concepción que el sujeto se hace de sí mismo»¹³.

Este contexto de relaciones humanas positivas solamente se consigue si el grupo humano funciona horizontalmente, constituyéndose sí en base de trabajo, pero también en base de comunicación. La eficacia de un grupo (léase de Educadores, de Empresa...) está en función de dos importantes factores: actividad programada con unos objetivos previstos a nivel de Equipo y relación personal humanizada y segurizante. La resultante será la eficacia, pero tanto mayor cuanto más equilibradas vayan ambas variables. El campo referencial sufrirá tantos más altibajos cuantas más actitudes directivas existan: juicios, evaluaciones, aprobación o desaprobación de conductas, etc.

Ahora bien; a pesar de esto, que parece fórmula radical para la buena marcha de un grupo, hay que contar con la limitación humana, con esas zonas personales que escapan a la comunicación; con el egocentrismo que surge en todas las formas de alianza y que dificulta la relación hombre a hombre. Aceptar esto forma parte de las normas del juego y su no aceptación será no comprender que el amor humano se alimenta también del combate creador.

- La *soledad* anticomunicativa es aquella que se siente como tal pero como algo no aceptado y sin embargo mantenido. Es muy distinta la soledad del hombre que mantiene relación con los hombres y como fruto de dicha relación encuentra su espíritu dispuesto para «encontrarse solo»; sería ocasión de dar vuelta a la frase de Séneca y afirmar, en este caso me autoafirmo a mí

¹³ M. KINGET - C. ROGERS, o. c., p. 28.

mismo, que «cada vez que estuve con los hombres volví más hombre», más dispuesto a vivir mi soledad de modo liberador, no al modo dramático de quien la siente y no la acepta.

Hay un tipo de soledad intelectual, propia del hombre abstraído en sus conocimientos e investigaciones; del hombre que llena su vida con la motivación intelectual y a quien el trato con los demás le dice poco por no tenerlos como parte integrante de su experiencia. Cabría preguntarse como lo hicimos más arriba hasta qué punto no podemos hablar aquí de «situación refugio», de posturas securizantes, ya que en su campo referencial no entra nadie capaz de quitarle su seguridad.

Además podemos hablar de una soledad caracteriológica vivida dramáticamente, ya bajo la forma de narcisismo, o bajo la diversidad de manifestaciones de agresividad, no en el sentido psicoanalítico sino meramente como fruto de estados afectivos no integrados en el esquema personal ¹⁴.

Ciertamente que la esencia misma del hombre está integrada por la soledad, pero es una soledad fruto de un aprendizaje, no de unas causas externas a nosotros que bloquean nuestros mecanismos de acción y nos impiden el hecho también vital de la comunicación.

Más de una vez habría que analizar nuestros fondos, ver si todo esto no es fruto de nuestra inseguridad más que de una realidad amenazante. Pueden concurrir en nuestra vida experiencias frustrativas de otros tantos momentos de relación fracasada; podemos pasar momentos de miedo de nosotros mismos, estados conflictivos internos, etc... pero hemos de volver a Rogers para hacer un acto de fe en nuestras potencialidades, de nuestra capacidad de «comprendernos y de resolver nuestros problemas». Habrá, ciertamente, momentos en que hacerlo de modo solitario no conduzca al remedio, pero ahí está la fuerza terapéutica del grupo, lugar de liberación y de búsqueda de paz si sabemos integrar a los demás en nuestro mundo y considerarlos como parte nuestra, como otros YO de los que formo parte y con los que me configuro.

EL GRUPO, BASE DE INTEGRACIÓN

No haría falta más que abrir cualquier libro de tantos como

¹⁴ *La Psicología moderna de la A a la Z*, Mensajero, 1971, p. 24.

hoy nos hablan de los grupos para encontrar en ellos parecidas afirmaciones al querer definirlos; lo que me llama la atención es que casi todos los autores subrayan el aspecto afectivo e integrador del mismo: C. Fourier habla de «*attraction passionnelle*»; K. Lewin de «*interdependencia*»; Sartre de «*integration frater-nisante et dynamique*...¹⁵.

Esta insistencia quiere decirnos que el grupo posee una personalidad moral propia que se ha de respetar activamente, es decir, dando de su parte cada uno su riqueza y su capacidad integradora. El hecho de que todos fuéramos hombres maduros no querría decir que el grupo al que pertenecemos lo sea por tal causa; la madurez del grupo hay que elaborarla con un esfuerzo personal, ya que esa unidad y coherencia trasciende a las personas que lo forman, las respeta porque la personalidad individual trasciende también al grupo; pero el hecho de sentirnos integrados dentro de esa «*personalidad moral*» exige la creación de una conciencia colectiva con los mismos derechos que la conciencia y la libertad personales. Toda la doctrina sobre las relaciones humanas tiene un objetivo: salvaguardar el respeto a la persona; pero ese objetivo se desdobra a nivel personal y pide como consecuencia que la persona respete y salvaguarde la personalidad del grupo.

Podemos hablar cerrando el círculo y decir que los individuos buscan la cohesión del grupo y el grupo busca la seguridad de los individuos. La cohesión del grupo solamente es posible si sus miembros comparten sus ideas, sus conocimientos, sus valores, formando lo que se llama la «*ideología del grupo*».

- Poner en común los esfuerzos para satisfacer las necesidades comunes.
- Tratar de integrar al grupo de modo que se produzcan en los individuos sentimientos de seguridad afectiva y de trabajo.
- Respetar la personalidad de cada miembro y en consecuencia la personalidad moral del grupo.
- Buscar en la relación interpersonal una vivencia del amor.

Quisiera terminar afirmando mi fe en la transcendencia de la comunicación. Dios es el gran Otro y el que tiene los recursos más perfectos de comunicación: su actitud no directiva acepta

¹⁵ A. ANGELIN, *Vocabulaire des techniques de groupe*, EPI, 1971, p. 78.

plenamente a la persona aunque de ella rechace el mal que hace. En su economía comunicativa ha querido darse por nuestro medio; los conceptos y los signos de Dios van adheridos a nuestra naturaleza y existencia. La toma de contacto humano va unida y concluye en una toma de conciencia de pertenencia a la comunidad eclesial, en la cual no hallamos evidencias directas de Dios; todo se nos comunica por mediación del hombre; su fe viva y hecha contacto personal anima nuestra fe. La confrontación de vidas constituye el empuje mayor para orientarnos espiritualmente.

Nada mejor para llegar a Dios que pasar por los hombres. En la comunicación libre, liberadora, sencilla, abierta, hallamos la paz y la permanencia de los valores humanos que distan muy poco de los divinos. Lo que hacemos, lo que juzgamos, lo que acogemos... lo hacemos, lo juzgamos... acogemos a Dios.

Confrontar nuestras vidas, nuestras situaciones personales, nuestra fe en un diálogo comunitario, en una revisión de vida, en esos tiempos en que «no hacemos nada» más que hablar, comunicarnos, es una ayuda extraordinaria de la que podemos disponer gratuitamente para buscar cuando lo necesitemos el apoyo y comprensión de un grupo que respalda nuestra necesidad; y cuando no lo necesitamos... hay otros que pueden pasar momentos de oscuridad de fe, de inquietudes angustiosas; «no adquiriremos una conciencia cada vez más clara sino gracias al diálogo con la historia humana, diálogo que es nuestra historia personal»¹⁶.

La experiencia de nuestra fe es muy limitada; necesitamos recomponerla con la experiencia de los demás, que, aparte de ser experiencia viva en ellos es comunicación viva y activa para nosotros. ¡Ah!, eso sí, estamos contando con una capacidad de expresarla, de traducir a palabra lo que realmente vivimos en materia de fe y en materia de vida. Es lástima que por falta de valor o por situaciones de tan poca importancia no hagamos uso de ese dinamismo que tenemos latente los grupos de vida cristiana o religiosa. Mutismos sobre la experiencia propia; juegos de palabras al enfrentarnos con nuestra vivencia religiosa; incapacidad de expresar nuestra situación personal porque el otro nos oprime con su presencia... y añade tú, lector, todo lo que sepas de cosas que quedan en el silencio y «que habría que decir».

¹⁶ R. HOSTIE, *El diálogo, servicio pastoral*, Marova, 1968, p. 19 ss.

Nos falta capacidad de expresión de nosotros mismos y si la tenemos no hacemos uso de ella por encontrarnos indispuestos a una auténtica comunicación.

Que estas líneas te hayan servido de invitación a construir un grupo comunitario o de cualquier tipo que sea capaz de comunicación sincera; capaz de autodeterminarse en una acción práctica; capaz de penetrar en el mundo de los otros buscando con la sinceridad de una vida la vivencia de la fe, verás cómo en esta actitud van cayendo los velos de nuestros secretos y apareciendo ante los demás como somos, como Dios mismo nos ve.